

No se transforma lo que se naturaliza

SÁNCHEZ, Sebastián.
Vientos de Libertad.

Contacto: sebarrsanchez@gmail.com

Cómo citar: Sánchez, S. (2024). No se transforma lo que se naturaliza. *Revista Salud Mental y Comunidad*, (17), 232-237

La relación con el cuidado y con la salud se establece en función de los contextos

El sector al que llamamos de la economía popular no es solo una manera de organizarse ante la falta de trabajo formal, también se trata de inventar sus propios trabajos para poder vivir dignamente en un contexto donde la oferta laboral no es para todos. Pero la economía popular no solo salió a inventarse un trabajo, sino que también salió a buscar la manera de organizarse ante las faltas que había en cada territorio, ante ausencia de políticas públicas y del estado. De esta forma, es como nacen dentro de nuestros barrios iniciativas que, a lo largo del tiempo, se les fueron poniendo nombres como “salud comunitaria” o “salud popular”.

Es real que la solución o acompañamientos de determinadas situaciones relacionadas a la salud deberían llegar como respuesta de parte del estado, pero ¿qué se hace si eso no sucede? O ¿qué se hace mientras se lucha

por políticas públicas para que eso pase? Nuestro sector descubrió que mientras las cosas *van a suceder* no hay que esperar si no lo opuesto: accionar.

Pensar la salud desde un posicionamiento de clase es importante para entender cómo los contextos son determinantes en muchas situaciones. No es la idea caer en reduccionismos de la realidad, si no poder expresar una idea que tiene que ver con el nacimiento de políticas públicas desde los sectores más pobres de nuestro país y con un sector organizándose para acompañar situaciones que, para muchos, pueden ser impensadas.

Muchas veces escuchamos hablar a personas que desde su moral plantean *cómo nos cuesta el cuidado a quienes venimos de barrios populares o el poco registro que tenemos de nuestra salud o nuestro cuerpo*. El reduccionismo más grande que podemos hacer es dejar todo librado a la individualidad de las personas, como si no hubiera contextos determinantes que condicionan nuestra manera de ver el mundo.

Para quien no tuvo una sala cerca o condiciones básicas de vida dentro de su hogar o de su barrio, seguramente sus prioridades sean otras, muy diferentes a las de una persona que tuvo algunos privilegios en la vida, como una vivienda digna, una familia o una prepaga.

La relación con el cuidado y con la salud se establece en función de los contextos. Todo esquema se puede romper y la transformación siempre va a ser nuestra bandera, pero es importante señalar las diferencias de un sector y otros a la hora de nacer, vivir, desarrollarse y armar un proyecto de vida.

El poder de la comunidad organizada

Hay muchos antecedentes del poder de transformación de los pueblos y de las comunidades pequeñas cuando se organizan ante determinados problemas y, por sobre todo, ante la falta de respuestas del estado de turno. El 2001 nos enseñó a muchos el valor de lo comunitario, en donde cada vecino y cada vecina acercaba un paquete de arroz o de lo que tenía para la olla que se armaba en la esquina, para todos y todas. Al calor de esa época aprendimos el valor y la importancia de la comunidad organizada y de luchar por cuestiones básicas como comida, trabajo, un pedazo de tierra, salud y educación.

Comedores, merenderos, cooperativas de trabajo, iniciativas nacidas desde el territorio para el territorio, y llevadas adelante por los protagonistas, que son quienes mejor pueden explicar a cualquier compañero o compañera los problemas, porque ellos son los que

están y viven cada día en los barrios. Hay un error muy grande en creer que las políticas públicas se pueden pensar desde afuera para adentro: solo desde adentro, con acompañamiento del Estado, es donde se puede tener un criterio de realidad mayor y el impacto de la política puede ser más efectivo. Hay muchos casos que se me vienen a la cabeza, como el de la SISU (Secretaría de Integración Socio Urbana) llevada adelante por Fernanda Miño, una compañera que vive en la Cava, un barrio popular de la zona norte del conurbano bonaerense. Pudo pensar, desarrollar y ejecutar una política de urbanización para muchos barrios populares de nuestro país que tuvo resultados espectaculares, porque fue pensada desde adentro para que se desarrolle en los barrios populares. Otro ejemplo, y es el que nos va a llevar más desarrollo, es el de los centros barriales o centros comunitarios que surgen ante el avance de la narco estructura, la pobreza y las pocas posibilidades de un proyecto de vida a través de la década del 90... misma situación que estamos atravesando hoy en nuestros territorios.

Narco estructura y acompañamientos en consumos o adicciones

Los acompañamientos con respecto a las problemáticas de consumos o adicciones, como dicen nuestros

compas en el barrio (aunque los teóricos se enojen por usar esta palabra y prefieran usar consumos problemáticos), siempre se dieron de manera muy artesanal y desde el lugar, con las herramientas que podíamos en donde nos tocaba estar. Es importante hablar en el mismo lenguaje que nuestros compañeros: hay mucho para aprender, poco para enseñar.

A fines de los 80 y principios de los 90, vimos fenómenos importantes a la hora de hablar de adicciones o problemáticas de los consumos. El primero fue el establecimiento de las condiciones en nuestro país para el desarrollo de lo que pasamos a llamar narco estructura. La narco estructura es *igual a* cartel de drogas, poder político, fuerzas federales y locales, y ausencia de políticas públicas. Sin estas cuatro condiciones, en ningún país de Latinoamérica podría haberse desarrollado.

Si bien hasta en algunos casos lo hace en territorios militarizados como lo es Brasil, Colombia y hoy podríamos hablar de La Matanza y Rosario (Argentina), ahora quiero hablar de Argentina. Las políticas neoliberales de los 90 no fueron tan beneficiosas para nuestro país, y el saldo de pobreza, desigualdad y crisis económica generaron las mejores condiciones para que el negocio de la droga se pueda ejecutar en el territorio.

Al contexto mencionado, nosotros lo empezamos a sentir en carne propia con nuestros amigos, con nuestras familias y con nosotros mismos. Ante la falta de todo, volar un rato era una gran opción.

El crecimiento del consumo desde principios de los 90s al 2001 fue ascendente porque, como conejillos de laboratorio, muchos de nosotros veíamos cómo en nuestros barrios no había una sala de salud, pero si había tres transas... y no solo eso, sino que en la esquina había un patrullero cuidando que nadie arruine el negocio. Ante el crecimiento del consumo de drogas las respuestas claramente fueron muy pocas: es muy raro que el verdugo que condena te quiera salvar al mismo tiempo. No había muchas opciones para los sectores populares de poder acceder a un tratamiento.

Pero como suele pasar, el sector privado -ni lerdos ni perezosos- dieron nacimiento a las comunidades terapéuticas. Tomaron modelos de otros países para replicar, como el Programa Minnesota, en donde el consumo estaba en el centro de los tratamientos y se dejaba por fuera el contexto y la persona.

Desde los 90s hasta esta parte, en muchas de estas instituciones no solamente se dedicaron a hacer del problema una fuente de ingreso económico a través de

las obras sociales, privados y el Estado, sino que también se encargaron de deshumanizar a cada pibe y cada piba. Utilizando métodos de castigos como el confronto (poner a dos personas frente a frente con las manos atrás gritándose en la cara) o la chiquilipieza (limpiar con un cepillo de dientes un salón gigante). El método era clarísimo: castigo y violencia para las personas no reconocidas como sujetos de derecho. Hemos escuchado frases y sentidos comunes como que *el adicto es mentiroso, manipulador, violento y que debe sufrir para entender que debe dejar la droga*. Y que si no deja la droga es porque *no le importa su familia o es un enfermo para toda la vida*, entre otras.

Un método político terapéutico

En contraposición con estos posicionamientos de las comunidades terapéuticas y al modelo médico hegemónico, nació nuestro método político terapéutico, acompañado de la integralidad a la hora de pensar los abordajes. Este nacimiento se da parándose en lugares fundamentales para el desarrollo de nuestro método: la humanización del sujeto, la persona como sujeto de derecho, el contexto social, económico y político.

Estos aspectos mencionados anteriormente son determinantes porque se dieron a un nuevo paradigma

en términos de pensar procesos, acompañamientos y abordajes. Nuestros abordajes fueron ninguneados durante muchos años por determinados sectores. Nos decían cosas como que éramos un voluntariado, siempre tratando de bajarle el precio y sacarle profesionalismo a nuestra manera de trabajar, abordar y acompañar. Desde los barrios populares lo único que veíamos era que las teorías que llegaban poco nos representaban. Mucho iluminado pero poco trabajo concreto en el territorio.

El trabajo en el territorio que ejecutamos a través de las organizaciones sociales, con avances y retrocesos, nos fue dando como saldo una forma de trabajo comunitario que daba resultados en cada caso que nos iba llegando. Y es así como pudimos desarrollar un método político terapéutico y un plan de acción territorial que tiene que ver con la construcción centrada en el poder de lo comunitario, poniendo en el centro a cada pibe y a cada piba, reconociéndolos como sujetos de derechos,

Hablar de humanizar parece sencillo, pero entendemos que fue y es una gran dificultad para muchas instituciones que ven que es necesario generar distancia, no abrazar y no involucrarse, como estandarte y posicionamiento de muchos. Estamos parados en la vereda del frente de todas estas teorías y de todos estos posicionamientos fríos a la hora del trabajo con otros y otras.

Desde nuestra vereda acompañamos, construimos y nos involucramos con cada compañero, porque para nosotros son compañeros, en lo que les toque atravesar en la vida, sin naturalizar la pobreza, la droga, la calle, la prisión y cada una de las vulneraciones posibles.

Acompañar desde nuestro método implica tener una perspectiva de transformación no solo de lo colectivo sino también de lo individual. No se transforma lo que se naturaliza. Por eso nuestro método político terapéutico está acompañado de un posicionamiento claro que lo llamamos la tercera posición. En este sentido, a la disputa teórica entre abstencionistas y reduccionistas de riesgos y daños, nosotros la hemos sabido superar muy bien parándonos por sobre las teorías y construyendo a través de la escucha activa ante lo que el otro o la otra necesita, no sobre lo que cada uno piensa que es mejor.

El 4 de junio cumplimos 20 años de trabajo y de debate constante sobre nuestras prácticas y abordajes. Nos parece fundamental ir cambiando e ir moldeando nuestras prácticas, porque la sociedad va cambiando y no podemos los y las que trabajamos en salud comunitaria trabajar diez años de la misma forma... Si no cuestionamos las propias prácticas, estaríamos respondiendo a al mismo patrón que ya tienen muchas instituciones.

Cuestionarnos a través de lo que nos va llegando y dejarnos moldear por el contexto es un determinante de nuestra práctica cotidiana. Y es así como llevamos adelante nuestro trabajo.

